



Canonización del agustino Alonso de Orozco

El 19 de mayo de 2002, domingo de Pentecostés, tuvo lugar en la plaza de San Pedro de Roma la canonización de Alonso de Orozco, religioso agustino del siglo XVI. Le acompañaban en esta glorificación otros cuatro nuevos santos. Feliz coincidencia la fecha de Pentecostés para celebrar los continuos frutos de santidad que el Espíritu Santo multiplica en todas las edades de la Iglesia.

Alonso de Orozco nació en Oropesa (Toledo) el 17 de octubre de 1500, y su vida correrá a lo largo de casi todo el siglo que entonces comenzaba. Su padre, Hernando de Orozco, era gobernador del castillo de aquella localidad y alcaide de Totorico; la madre se llamó María de Mena. Tuvo un hermano y dos hermanas, sin contar otros dos inmediatamente anteriores a él que murieron recién nacidos. Su madre le contó, la primera vez que lo vio religioso, algunas noticias respecto a su nacimiento. Entre ellas la de que, preocupada por el nombre que le había de poner, oyó de noche una voz, interpretada por ella como de la Virgen María, que le decía: «¿Cómo le has de llamar sino Alfonso?». El nombre del antiguo arzobispo de Toledo san Ildefonso, derivado en Alfonso o Alonso, de tan conocida resonancia mariana, venía a caracterizar así una de las querencias del nuevo santo desde antes de nacer.

A los ocho años fue con sus padres a Talavera de la Reina, donde sirvió como monaguillo en la iglesia mayor y asistió a su escuela. Dos años después le llevaron a Toledo, donde fue seise en la catedral y aprendió música, afición que conservó toda su vida; siendo anciano aún se sentaba al órgano cuando faltaba el organista, tañía un clavicordio que le habían permitido tener en su pobrísima celda, y los novicios le oían cantar de vez en cuando antifonas e himnos marianos mientras cultivaba en el próximo jardín algunas flores para la Virgen.

A los catorce años le mandaron sus padres a Salamanca, donde ya estaba su hermano Francisco, y allí cursó, durante ocho, los estudios de derecho. El presumible ambiente juvenil de la universidad no estaba exento de preocupaciones religiosas, y por entonces lo revolucionaba con sus sermones Tomás de Villanueva. Los dos hermanos entraron juntos en el convento de San Agustín, casa de santos, donde habrá quien confiese que temía caminar por sus claustros, pues creía que a cada paso podía estar sobre la tumba de alguno de ellos; allí, por ejemplo, había vivido y estaba enterrado san Juan de Sahagún.

Tomaron el hábito en 1522. Era superior Tomás de Villanueva y maestro de novicios el venerable Luis de Montoya, instaurador más tarde de la recolección en Portugal, a quien Ignacio de Loyola enviará sus novicios en Lisboa para que les enseñe oración. Casi todos los siete connovicios de aquel año murieron con fama de santidad. No llegó a profesar Francisco, que falleció a consecuencia de unas llagas en un pie, o tal vez más por la lanceta y cauterios que le aplicaron. Entre otras pruebas de sequedad y enfermedades, comenzó Alonso en este tiempo a padecer de escrúpulos, achaque que le atormentó durante treinta años, y que le hizo por otra parte un buen maestro para aconsejar a otros; sólo cesaban, dice, en dos momentos del día: cuando se confesaba para celebrar y durante la misa.

Profesó, en fin, el 9 de junio de 1523. Una pintura de Bartolomé Gutiérrez recogerá más tarde este momento, con un letrado en letras de oro que corre entre el novicio, el prior y el maestro: *Aequalis duobus rectis*, igual a los dos rectos o santos. Siguiendo el camino



habitual de los estudios, cursó artes y teología; la fecundidad y doctrina de sus escritos posteriores mostrarán que la formación entonces recibida fue excelente. Ordenado sacerdote le mandaron los superiores predicar, y esta será desde entonces la principal tarea de su vida. Fue conventual en Haro y en Medina del Campo, y en 1537 se le nombró prior de la casa de Soria que entonces se fundaba; con esto comenzó su servicio a la orden en puestos de superior, que tuvo que aceptar durante casi veinte años.

En 1541 sucedió que se volvieron a unir las provincias agustinianas de Castilla y Andalucía, separadas catorce años antes; la separación había tenido malos efectos en la segunda, y se esperaba corregirlos con providencias adecuadas y superiores castellanos. Alonso de Orozco fue nombrado prior de la casa de Sevilla, una de las mayores, y a la vez definidor de toda la provincia y visitador de aquella zona del sur. En el siguiente capítulo se le nombró superior de Granada. Y cuando, al final de este mandato, Felipe II pidió a la provincia un esfuerzo para intensificar sus misiones en Méjico, se hizo incluir en esta misión como voluntario; por desgracia suya, un recio ataque de gota artética le hizo detenerse en Canarias mientras continuaban los demás, y de allí tuvo que volverse mohíno con su cruz de madera, con que iba armado para la misión.

Durante su estancia en Sevilla le había sucedido algo notable. Por dos veces en la misma noche había sentido la presencia de la Virgen, que le decía: «Escribe». Allí nació su vocación de escritor y comenzaron a multiplicarse sus obras. Las de esta etapa se pueden clasificar en tres apartados: unas centradas en la pedagogía de la oración, de la contemplación y del amor de Dios; otro grupo sobre temas ascéticos (examen de conciencia, manera de confesarse y comulgar, artículos de la fe y mandamientos, meditaciones de la Pasión); y un tercero acerca de cuestiones relacionadas con la vida de la orden (comentario de la Regla, formación de los novicios, crónica de los santos y beatos agustinos).

En 1551 fue nombrado superior del convento de Valladolid. A las cargas de este puesto unía, como siempre, su actividad de predicador y su constante atención a los pobres. Su primera obra mariana, las *Siete palabras que la Virgen habló*, recoge siete sermones que había predicado en los sábados de la cuaresma anterior. La Infanta doña Juana le hizo su confesor, y en 1554 le nombró Carlos I predicador real, más bien para dar a su hijo la ayuda de un buen consejero. Aún presidió en Dueñas un capítulo de su provincia, y allí terminaron sus cargos de superior; su nuevo oficio le independizaba de ellos y le obligaba a residir en la Corte. Con la Corte fue a Toledo en 1559, y con ella pasó a Madrid cuando se constituyó en esta villa la capital del Reino. Aquí residió durante casi treinta años en el convento de San Felipe el Real, y pronto fue conocido como «el santo de San Felipe».

Los campos de su apostolado fueron numerosos. Sus actividades en palacio excedían las obligaciones de su cargo, pues era también amigo personal y consejero del rey y de su familia, con gran influencia espiritual en las personas cercanas. Fuera de ello predicaba continuamente, incluso varias veces al día, sobre todo en conventos e iglesias pobres; visitaba hospitales y cárceles, asistía a enfermos y a toda clase de necesitados, ingeniándose para encontrar recursos con que ayudarles; atendía a cuantos le buscaban por razones de dirección espiritual; fundó en diversas épocas cinco casas religiosas, tres de monjas y dos de frailes; seguía de manera regular el horario y obligaciones de su convento... Y además de todo ello escribía muchos libros: más de cincuenta a lo largo de su vida.



Una primera parte de las obras publicadas en Madrid trata de orientar con criterios cristianos en los diversos estados de vida. Seis tomos recogen sus sermones. Y siguieron otros títulos de hagiografía, de temas marianos, sobre la *Suavidad de Dios*, de comentarios al Cantar de los Cantares, sendas victorias sobre el mundo y la muerte... y unas Confesiones para ser publicadas después de morir él, a las que añadió casi forzado, firmando hoja por hoja, un memorial sobre los favores extraordinarios que había recibido.

Los dos últimos años de su vida los pasó en una nueva casa que se estaba construyendo, el colegio de la Encarnación o de doña María de Aragón, que hoy es edificio del Senado. Allí murió el 19 de septiembre de 1591. La villa entera de Madrid quiso pasar a verlo, formando una verdadera romería; al decir de un testigo, «parecía día de Jueves Santo».

Su proceso de canonización, es evidente, no fue tan rápido como se habría podido desear. Al principio, tal vez porque la orden estaba llevando adelante otros dos, el de los santos Juan de Sahagún y Tomás de Villanueva, y le resultó difícil comprometerse al mismo tiempo en un tercero; después, porque le afectaron las nuevas normas de Urbano VIII, que espaciaron e hicieron más exigentes los pasos de este camino. En fin, fue beatificado por León XIII el 15 de enero de 1882, y canonizado en la fecha que se dijo.

Afortunadamente, en estos últimos tiempos va recuperando el nuevo santo parte de su antigua popularidad. En 1991 se celebró un congreso con ocasión del cuarto centenario de su muerte. Se han comenzado a publicar de nuevo sus obras completas, con algunos de sus títulos principales. Su canonización, sobre todo, lo ha devuelto a la actualidad. Celebraciones de acción de gracias, exposiciones, un nuevo congreso dedicado a su figura y su obra, celebrado en Madrid y Oropesa entre los días 20 y 22 septiembre de 2002... En cualquier caso, no son las actividades humanas sino la obra de Dios la que hace grande a un santo, y la que le asegura un recuerdo permanente en la maternal memoria de la Iglesia.

Jesús Díez
Centro Teológico
Agustinos Recoletos
E-31340 Marcilla (Navarra)
oar.marcilla@teletel.es